

que con esto se mezclasen algunos dichos y relaciones inocentes y recreativos.

Celebraba con la misma alegría franca y sencilla la fiesta de la Epifanía, y había encargado á la hermana María Petra de Chatel pusiese en verso todo el viaje de los Magos.

Durante la Cuaresma era la misma piedad ternísima, pero con otro carácter: no hablaba sino de la Pasión, y decía que su corazón se derretía de amor y de dolor, solamente con la memoria de los sufrimientos y humillaciones del Dios hombre. Las palabras que repetía con más gusto eran éstas: *Le vimos y no le conocimos. Le hemos reputado como leproso y verdaderamente es el Varón de dolores.* Las hizo poner en verso, y las cantaba muchas veces en la recreación. El Jueves Santo lavaba y besaba los pies de las Hermanas, con una devoción que resaltaba en su rostro. El Viernes y Sábado Santo parecía ella misma un calvario ó un pequeño sepulcro, y pasaba horas enteras llorando. El día de Pascua iba á la cabeza de la comunidad á rezar siete estaciones, en reverencia de las siete apariciones de Nuestro Señor. El día de la Ascensión no dejaba nunca de ir á coro un medio cuarto de hora antes de las doce, para acompañar á Nuestro Señor al subir al cielo. Hacía sacar los dones del Espíritu Santo el día de Pentecostés, y ponía un especial cuidado en comprender bien y practicar el que le había tocado por suerte.

Generalmente, la víspera de estas fiestas hacía algún acto de penitencia en el refectorio, en presencia de las Hermanas. Ordinariamente solía rezar en alta voz con los brazos en cruz, pidiendo á Dios el espíritu del misterio que se celebraba al otro día. El fervor de su corazón subía entonces á su rostro y le iluminaba de tal modo, que algunas veces resplandecía como un astro.

Durante todos estos días de fiesta, presidía por sí misma el Oficio; y hasta los setenta años no faltó nunca

á esto, á menos que no estuviese depuesta, en cuyo caso se mantenía humildemente en su rinconcito. Su voz era hermosa y fuerte, y al mismo tiempo tan llena de devoción, que la comunicaba á cuantas la oían. Las más pequeñas ceremonias eran para la Santa muy dignas de respeto, y sobre todo el canto del Oficio. Reprendía las menores faltas en esto, siendo tal su reverencia para con la santa salmodia, que así en Annecy como en los viajes tomaba las mayores precauciones, hacía cantar delante de ella, cantaba ella misma, multiplicaba las advertencias y, en fin, se desvivía porque el Oficio divino se celebrase en todas partes con gravedad, modestia y piedad.

Pero sobre todo, donde se manifestaba más brillantemente la ternura de su piedad, era con el Santísimo Sacramento. Entre los papeles que llevaba siempre colgados del cuello, se hallaba una acción de gracias á Nuestro Señor, porque se había dignado admitirla todos los días á la Santa Mesa. Durante treinta y un años tuvo la felicidad de comulgar todos los días, y siempre le pareció nueva esta santa acción, sin habituarse jamás á dicha tan grande. Si hubiera podido hacer su voluntad, se hubiera confesado todos los días para llegarse al altar con más pureza. Tenía mucho cuidado de que se tuviesen buenas flores en el jardín, con el objeto de colocarlas delante del Santísimo Sacramento; por esto acostumbraban las Hermanas á ofrecerle un ramo todos los domingos y días de fiesta para que lo llevase en la mano, pero después de haberlo tenido un instante, enviaba á la Hermana sacristana á que le pusiese en el altar. Cuando se marchitaba delante del Santísimo Sacramento, hacía que se le volviesen, y le guardaba en su celda delante de su Crucifijo; y como siempre había alguno de estos ramos que se habían secado sobre el altar, le preguntó una Hermana por qué lo hacía. «Mis pensamientos, Hermana mía—le respondió,—no mere-

cen decirse.» Pero insistiendo la Hermana, «Hija mía—le dijo,—el color y el olor son la vida de estas flores; se las pongo á Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, donde poco á poco se marchitan y mueren; yo deseo hacer lo mismo, y que mi vida, que se pasa poco á poco, termine delante de Dios, honrando el misterio de la santa Iglesia.» Otra vez, estando esta misma Hermana atormentada con penas interiores, la Madre de Chantal le dió la mitad del ramo marchito que se le acababa de traer, y le dijo: «Hija mía, doblad esto y ponadlo sobre vuestro corazón en reverencia del Santísimo Sacramento; muchas veces me he sentido aliviada en mis penas con este remedio.

Todo lo que servía para el altar santo le inspiraba un respeto profundo. Su trabajo más continuo era preparar los paños de cáliz, sábanillas, frontales para los altares y, sobre todo, ornamentos para el santo sacrificio. Proveía de ellos á todas las aldeas vecinas á su monasterio y ciudad de Annecy, y aun también á varios monasterios muy distantes de Francia é Italia. Sobre todo, veneraba á los sacerdotes, por cuyas manos se ofrece todos los días la Víctima sin mancha. Se encomendaba á sus santos sacrificios, y cuando alguno le prometía acordarse de ella en el altar, decía que esta promesa le daba más alegría que si todos los reyes de la tierra la hubiesen prometido coronarla y hacerla soberana del universo. Tal era su reputación de santidad, que aun en presencia de los sacerdotes se la pedía muchas veces la bendición; pero nunca quería consentir en ello como no se lo mandase el sacerdote, y aun exigía que se separase un poco, diciendo que nadie debía bendecir cuando había un sacerdote, porque este oficio estaba reservado á su dignidad.

Esta tierna devoción con Nuestro Señor iba acompañada, como sucede siempre, del amor más afectuoso á su Madre Santísima. Desde muy niña la había tomado

por su protectora; después, aun antes de ser religiosa, pero cuando ya sus ideas se inclinaban á ello, la había escogido por su Abadesa, y en señal de querer vivir siempre en su servicio, había hecho voto de rezar todos los días su Rosario. Cuando se acercaban las fiestas de la Santísima Virgen, se preparaba á ellas con doble fervor, cantando y haciendo cantar el *Magnificat*, el *Ave*, *Maris stella*, ó algunos otros de esos admirables cánticos consagrados por la piedad cristiana á las alabanzas de esta divina Madre. De todas estas fiestas, la que prefería era la de la Inmaculada Concepción. No habiendo podido alcanzar del Obispo de Ginebra que fuese fiesta de precepto en su diócesis, procuró al menos que se celebrase con gran solemnidad en la iglesia de Nuestra Señora de Annecy. «Nuestro buen Sr. Deán me ha dado un gran gozo—decía á sus religiosas anunciándoles esta noticia,—porque me ha dicho que, aun cuando él mismo tuviese que ir á tocar la campana grande de Nuestra Señora, se tocará en la fiesta de la Concepción como para las fiestas mayores.» Escribió á muchos monasterios y abadías para pedir se celebrase esta fiesta con la mayor solemnidad posible, á fin de excitar al pueblo á reverenciar esta santa prerrogativa. «Yo me creería muy feliz—decía—si tuviese que dar la vida por sostener esta santa verdad.» Rezaba sin cesar la tierna oración de San Bernardo, *Acordaos*; y en muchas ocasiones no aconsejaba otro remedio á las almas débiles, turbadas ó desanimadas, sino la devoción á la Virgen Santísima. Un año, durante el tiempo de sus ejercicios, tres Hermanas fueron á buscarla para pedir algunas licencias. La encontraron con los brazos cruzados delante de una imagen de la Santísima Virgen, y en lugar de responder á lo que la decían, les mandó que, mientras sus ejercicios anuales, hiciesen todos los días oración un cuarto de hora delante de una imagen de la Santísima Virgen; y sacando de su libro la

Letanía: «Mirad, hijas mías—les dijo,—todo lo tenemos en María; si somos hijas, es Madre; si débiles, es fuerte; si tenemos necesidad de gracias, es Madre de la gracia divina; si somos ignorantes, es trono de sabiduría; si estamos tristes, es causa de nuestra alegría;» y de este modo prosiguió todos los versículos de la Letanía, después de lo cual despidió á las Hermanas, rogándoles la encomendasen mucho á la Santísima Virgen. Una de las Hermanas le preguntó: «¿Que oración debo hacer?—La mejor, hija mía—respondió,—y la más agradable á la Santísima Virgen, es alabar á Dios por las gracias que le hizo, y por haberse dignado escogerla para Madre verdadera suya.»

Con esta tierna piedad, con este amor vivo y fuerte á Dios, se había desarrollado en el alma de la Madre de Chantal el más ardiente afecto á la Iglesia, á esta sociedad de almas que Dios ha fundado sobre la tierra con la sangre de su Hijo. Como Santa Teresa, y por consejo de San Francisco de Sales, alababa y daba continuas gracias al Señor porque la había hecho hija de la Iglesia santa. Sentía todas sus necesidades como si fuesen propias suyas; lloraba amargamente los desórdenes que la afligen y deshonran; y pocos hombres en esta época, y aun pocos sacerdotes, hicieron un apostolado más verdadero y sublime. Los pasos que dió y los viajes que emprendió por el bien de las almas, son casi increíbles. A los setenta años recorría aún la Saboya, Francia é Italia. La veremos morir en un viaje, digno fin de un apóstol y de una fundadora, dejando más de ochenta casas fundadas por ella, una multitud de abadías reformadas y un gran número de almas ilustradas, consoladas y convertidas.

No se hacen tales obras, no se fundan, sobre todo, ochenta casas de oración en un siglo tan bueno y tan malo como el XVII sin sublevar todas las pasiones y excitar todos los entusiasmos. La venerable Madre de

Chantal pasó á un tiempo por el peligro de las alabanzas y de las injurias. Se escribieron contra ella libelos infamatorios, se compusieron canciones, y se la levantaron calumnias. Las pasiones que habla vencido en sí y en los demás, se vengaron llenándola de ultrajes. Pero, como sucede con todos los Santos, estos ultrajes sólo sirvieron para que resaltara mejor la humildad de su grande alma. «Era sumamente grato — dice una religiosa — observar el rostro de nuestra santa Madre en estas ocasiones. Un día, entre otros, una persona que la había llamado al locutorio se dejó llevar de la cólera con violencia, y la acusó de injusticia y de falsa caridad. La bienaventurada le escuchó sin interrumpirla, con un rostro dulce, modesto y devoto, y cuando concluyó: «Dios os bendiga, hijo mío—le dijo con amabilidad;»—y volviéndose hacia las Hermanas que estaban allí: «¿Veis—las dijo—cómo este querido prójimo se desahoga? ¡Ah! es menester amarle mucho. Vamos á encomendarle á Dios.» Muchas veces hacía leer en la recreación los libelos y las canciones que se escribían contra ella, y después de escucharlos con dulzura, no respondía á los movimientos de indignación que estas lecturas provocaban, sino con palabras de la más profunda humildad. Confesó un día, volviendo del locutorio, que si no la hubiese detenido el miedo de causar alguna confusión á las personas que la habían hablado con desprecio, se hubiera echado á sus pies y les hubiera dado gracias con las manos juntas.

Esta humildad era más extraordinaria aún en medio del éxito y de las ovaciones que en todas partes obtenía. Entonces se ponía colorada como una joven que recibe una humillación. «Salgamos de aquí—decía á sus Hermanas;—estas gentes se engañan y no saben lo que soy.» Se la vió muchas veces, y sobre todo en los últimos años de su vida, cuando los Príncipes se encomendaban á sus oraciones, ó los Obispos la pedían su bendi-

ción, temblar de pies á cabeza, y quedar tan cortada y confusa que no podía responder ni una sola palabra. Si la llamaban santa: «¡Ay! ¡ay!»—decía, y gruesas lágrimas corrían por sus mejillas. Tampoco sufría que le llamasen Fundadora, y borraba este nombre en cuantas partes lo encontraba. «Es un deshonor—decía—para una congregación tan floreciente, suponerla tan indigna Fundadora.» Rehusaba hasta dar á las religiosas el nombre de Hijas, no mirándose sino como la última y la sierva de todas. «Yo he sido—decía—como una de aquellas criadas trabajadoras, de quien el padre de familias se sirve en el tiempo de la cosecha, y á las cuales dice: venid aquí, id allá, volved á ese campo, id á este otro, etc. Cuando esas pobres criadas llegan á viejas y no sirven más que para hilar, no pueden pasarse sin decir á los hijos de su amo: vuestro padre quería que se hiciese esto así y no de otra manera. Del mismo modo—añadía con humildad,—en el principio de nuestro Instituto, nuestro bienaventurado Padre me decía, como á la sierva de la Orden: id á fundar á Lyon; marchad á Grenoble; volved para ir á Bourges; salid de Bourges para ir á París; dejad á París y volved á Dijón. Muchos años he pasado sin hacer más que ir y venir en el campo de este amado Padre de familias; ahora soy una pobre y miserable vieja de sesenta y cinco años, y me parece que ya no sirvo para nada en el Instituto, sino únicamente para decir las intenciones del Padre.» Y en otra ocasión escribía estas hermosas palabras á la Madre de la Roche: «La edad que tengo me da más libertad que en otro tiempo para llamar Hijas á las que conozco, aunque no sea ni merezca ser su Madre; pero como soy su primera Hermana, y son huérfanas de padre, quieren llamarme su Madre. ¡Oh Dios mío! ¡Cuán confundida estoy de que me tengan en este concepto, y no se avergüencen aun de tenerme por sierva! Ciertamente, yo sería bien teme-

raria, visto el poco fruto que he podido hacer en el Instituto, si quisiera yo en él otra prerrogativa que la de sierva, y sierva inútil.

Estos mismos humildes sentimientos que tenía de sí misma, los tenía igualmente de la Orden que había fundado.

Por una singular delicadeza de espíritu y corazón, era en su afecto la primera de todas, y la última en su estimación. Ni las brillantes virtudes de sus hijas, ni la propagación de la Visitación, ni la parte que en ella tenía, y ni aun la gran santidad de San Francisco de Sales cegaban sobre este asunto la claridad de su juicio.

«No, verdaderamente—decía,—es menester no exaltar nuestro Instituto, y no estimarle como mejor, ni aun como igual á los demás, sino confesar francamente que como en su nacimiento es de los últimos de la Iglesia, así también, como decía nuestro santo fundador, es una pequeña violeta de Marzo, que no tiene brillo en su color.» Y á una Hermana que hacía algunas objeciones sobre esto: «Querida Hija mía—le respondió con su exquisito tacto y buen juicio,—no se entiende por esto que hayáis de despreciar á vuestra congregación; al contrario, es menester estimarla mucho, porque viene de Dios, pertenece á Dios, y es, en efecto, muy buena y santa. Lo que se nos enseña es á no estimarla más que á las demás, lo que jamás hubieseis hecho antes que fuese vuestra propia congregación; porque, al contrario, las grandes órdenes de San Benito y las demás que han enviado tantos santos al paraíso, que son tan antiguas, tan autorizadas y tan llenas de ejercicios de penitencia, las estimabais y apreciabais mucho más que ésta. Preciso es, pues, pensar que la estimación que de ella hacéis ahora, teniéndola por mejor que las demás, procede, sin que lo conozcáis, de la grandísima estimación que hacéis de vos misma, lo